

tilla gobernaba a la muchedumbre, sin que jamás le asaltara el miedo de la venganza.

Por eso yo, después de permanecer en ese pueblecito unos cuantos días, así que salí de él, en mi mula de paso, me detuve ante una ruina románica que se destacaba en la linde del camino. Y allí me pareció que relucía el nombre verdadero de la localidad.

He aquí el nombre:

ALDEA SIERVA

Aldea sierva... No es sólo aquella que yo encontré en mis varios caminos sin régimen. Luego he visto que la aldehuela se multiplicaba, aquí y allá, en la aspera Castilla, en la ardiente Bética, en la feraz Extremadura, en las huertas murcianas, y en fin, para no enumerar todos los lugares geográficos de la nación, donde quiera que hay tierra de martirio y cielo iluminado.

Aldea sierva... El vecindario transita bajo el imperio del terror. Sus labores no tienen el precio natural, sino el que les impone el cacique. Sus derechos, sus litigios, sus controversias de hombre a hombre, de linaje a linaje, no se ventilan a la luz del sol, sino que los decide una voluntad irresponsable, un pensamiento interesado, una codicia in-noble.

Y mientras hoy se consumen las organizaciones políticas buscando la manera de conciliar al obrero y al capitalista, continúa la dominación del escondido, siniestro mandatario de la cobardía ciudadana.

Porque el cacique es eso: el agente de los que no